

do, sin tener siquiera con que dorar su miseria moral porque le habían obligado á soltar la mosca. Plantado en el bordillo de la acera, cabizbajo, aguardaba á que el arroyo lleno de coches le dejase un paso libre, corrido de aquel alto en el centro más concurrido de los bulevares, cogido entre los peatones y aquella oleada de carretelas descubiertas llenas de caras conocidas. Monpavon, al pasar junto á él, sorprendió aquella mirada tímida, inquieta, que imploraba y al propio tiempo evitaba el saludo. Ante la idea de que podría llegar para él un día de humillación por aquel estilo, cuadróse en són de revuelta cuan alto era. «Arriba... ¿Pasar por esto?...» Y estirando el cuerpo, echado el peto afuera, prosiguió su camino, más firme y resuelto que antes.

El señor de Monpavon camina á la muerte. Camina á ella por la larga línea de los bulevares del lado de la Magdalena, encendidos por la luz poniente, y cuyo elástico asfalto huella por última vez, como paseante en corte, la nariz al aire, las manos cruzadas por detrás. El tiempo le sobra, nada le apremia, es árbitro de la cita. Á cada paso sonríe á algún conocido, hace un pequeño saludo de protección con la punta de los dedos, ó el sombrerazo consabido. Todo le encanta, todo le hechiza: el rumor de los carros de riego, de las persianas levantadas en las puertas de los cafés los cuales se derraman hasta el centro de las aceras. La muerte vecina depura sus sentidos como los de un convaleciente, los hace accesibles á todas las delicadezas, á toda la oculta poesía de una hora de verano llovida en plena vida parisiense, hermosa hora que será su última y que quisiera prolongar hasta la noche. Por esto sin duda pasa de largo por frente al lujoso establecimiento en donde suele tomar su baño: tampoco se detiene en los Baños Chinos. Por aquí le conocen demasiado. París entero sabría el lance la misma noche. Por casinos y salones se armaría un escándalo de muy mal gusto; y el murmuración se cebaría en él después de muerto; y el viejo refinado, el hombre del buen tono quería ahorrarse aquella vergüenza, sumirse, hundirse en la vaguedad innominada de un suicida, á la manera de los soldados que al día siguiente de las grandes batallas, ni vivos, ni heridos, ni muertos, se clasifican con el título de desaparecidos. Por esto ha cuidado de no llevar encima cosa alguna que pudiese darle á conocer, sumi-

nistrar datos precisos á las indagaciones de la policía: por esto busca en el inmenso París la zona apartada y perdida donde empezará para él la terrible pero consoladora confusión de la fosa común. Ya desde que Monpavon está en marcha, ha variado radicalmente el aspecto del bulevar. La concurrencia se ha vuelto compacta, más activa y atareada, las casas más estrechas, surcadas de muestras de tienda. Pasadas las puertas de Saint-Denis y Saint-Martin por las cuales rebosa sin cesar el hormigante exceso de los arrabales, acentúase la fisonomía provinciana de la capital. El anciano galán no conoce á nadie y puede jactarse á su vez de que nadie le conoce á él.

Los tenderos, que contemplan con curiosidad su charolada pechera, su fino levitón y su campanudo porte, le toman por algún cómico famoso que va á dar un paseo, antes de la función, por el viejo bulevar, testigo de sus primeros triunfos. El aire refresca, el crepúsculo esfuma los últimos términos, y mientras la larga vía sigue resplandeciendo en las curvas ya recorridas, va oscureciéndose á cada paso. Así lo pasado, cuando su irradiación se proyecta hasta el que vuelve los ojos atrás y se entristece... Parecele á Monpavon que entra en la noche. Está algo nervioso, pero no decae de ánimo, y sigue andando, erguida la cabeza y estirada la pechera.

El señor de Monpavon camina á la muerte. Penetra en el dédalo complicado de las ruidosas calles en que se mezcla el estrépito de los ómnibus con los mil oficios roncadores de la ciudad obrera, en que el calor de las chimeneas fabriles se confunde con la fiebre de todo un pueblo que lucha á brazo partido con el hambre. El aire trepida, las cloacas humean, las casas retiemblan al paso de los camiones, de los macizos carromatos que chocan al revolver de las angostas callejuelas. De pronto el marqués se detiene: ha hallado lo que buscaba. Entre la negra tienda de un carbonero y el almacén de un embalador cuyas tapas de abeto adosadas á las paredes le producen una especie de repugnancia, ábrese una puerta cochera coronada de su letrero, con la palabra *Baños* en un farol amortecido. Entra, atraviesa un jardincito marchitado en cuyo centro llora un surtidor encima de un montón de rocalla. He aquí el siniestro rincón que deseaba. ¿Quién irá á figurarse que el marqués de Monpavon haya venido aquí á

cortarse el pescuezo?... En el fondo hay la casa, baja, de postigos verdes, puerta vidriera, ese falso aire de quinta que tienen todas... Pide un baño, ropa, enfila el estrecho corredor, y mientras se lo preparan todo, al estrépito del agua que mana detrás de él, se fuma un cigarrillo en la ventana, contemplando el jardín de raquílicas lilas y el elevado muro que lo cierra.

Al lado hay un gran patio, el patio de un cuartelillo de bomberos con un gimnasio cuyos aparatos, mástiles y pórticos, vagamente vislumbrados en su parte superior, tienen la apariencia de horcas. Oyése en el patio una corneta que toca llamada. Aquella tocata vuelve al marqués á treinta años atrás, le recuerda sus campañas de Argel, los altos muros de Constantina, la llegada de Mora al regimiento, y duelos y calaveradas... ¡Ah! y qué bien que empezaba la vida. Qué lástima que los malditos naipes... Ps... ps... ps... En fin, algo es haber salvado el buen tono.

—Caballero, dice el mozo, el baño está listo.

En aquel momento, jadeante y pálida, la señora de Jenkins penetraba en el taller de Andrés al cual le había llevado un instinto más fuerte que su voluntad, la necesidad de abrazar á su hijo antes de morir. Abierta la puerta,—tenía de ella una doble llave—se echó un peso de encima al ver que su hijo no había vuelto todavía, que tendría tiempo para calmar su emoción acrecida por una larga caminata á que no la tenían acostumbrada sus indolencias de mujer de posición. No había nadie. Pero sí, encima de la mesa, cierta notita que dejaba él cada vez que salía á fin de que su madre, cuyas visitas iban escaseando cada día más y cortándose á causa de la tiranía de Jenkins, pudiese saber dónde estaba, aguardarle ó irle á buscar. Aquellos dos seres no habían dejado de amarse tiernamente, profundamente, á pesar de las crueldades de la vida que les forzaban á introducir en sus relaciones de madre á hijo las precauciones, el misterio clandestino de un amor de otra especie.

«Tengo que ir al ensayo, decía la nota, volveré á cosa de las siete.»

Aquella atención de su hijo á quien no había ido á ver ha-

cía tres semanas y quien así y todo persistía en aguardarla, hizo afluir á los ojos de la madre la oleada de llanto que la oprimía. Parecía como que acabase de entrar en un mundo nuevo. Tan claro, tan tranquilo, tan elevado era aquel reducido aposento que encadenaba á sus cristales el postrer destello del día, que se encendía con los rayos del sol ya traspuesto, que parecía, como todas las buhardillas, labrado en un trozo de cielo, con sus paredes desnudas, sin otro adorno que un gran retrato, el suyo, nada más que el suyo, que sonreía en el sitio de honor, y, cual si no bastase todavía, otro con marco dorado encima de la mesa. Sí, verdaderamente, aquella mezuquina mansión, que cuando París entero estaba á oscuras conservaba tanta claridad, le producía una impresión sobrenatural á pesar de la pobreza de sus raquílicos muebles repartidos en dos cuartos, de su basta persiana y su chimenea exornada con dos gruesos ramos de jacintos, esas flores que por las mañanas entran á carretadas en París. ¡Qué vida más noble y más digna hubiera podido llevar allí, al lado de su Andrés! Y en un minuto, con la rapidez de un sueño instalaba su cama en un ángulo, su piano en el otro, veíase dando lecciones, cuidando aquel hogar al cual traía su escote de comodidades y de jovialidad animosa. ¿Cómo no había comprendido que allí estaba su deber, allí el orgullo de su viudez? ¿Por qué ceguera, por qué indigna debilidad?...

Falta grave, no hay por qué negarlo, pero que podía encontrar atenuantes calificadas en su carácter abierto y cariñoso, en la habilidad y bellaquería de su cómplice que le hablaba continuamente de matrimonio, que le ocultó que no era libre, y que cuando se vió obligado á confesárselo, trazóle un cuadro tal de su vida sin sol, de su desesperación, de su amor, que la pobre criatura, comprometida ya tan seriamente á los ojos del mundo, incapaz de uno de esos heroicos esfuerzos que sacan á flote de las situaciones falsas, había acabado por ceder, por aceptar aquella doble existencia, tan brillante y tan mísera, afianzada por entero en una mentira que llevaba diez años de fecha. Diez años de triunfos embriagadores y de ansias indecibles, diez años durante los cuales cada vez que cantaba lo hacía con la zozobra de una traición entre dos estrofas, durante los cuales la más insignificante palabra acerca de las uniones irregulares la punzaba como

una indirecta, durante los cuales la expresión de su fisonomía se había enmolicado hasta ese su aire de dulce humildad, de culpable que pide perdón. Más tarde, la seguridad del futuro abandono había amargado sus goces prestados, había marchitado su lujo; y cuántas penas, cuántos sufrimientos padecidos en silencio, cuántas humillaciones, seguidas de la final, la más horrible de todas!

Mientras repasa así los dolores de su vida que contrastan con el fresco ambiente y la tranquilidad de la desierta estancia, del piso inferior suben sonoras carcajadas, bullicio de juventud feliz; y trayendo á la memoria las confidencias de Andrés, su última carta en la cual le daba la gran noticia, esfuérsase en distinguir entre aquellas voces limpias y frescas la de su hija Elise, aquella novia de su hijo á la cual no conoce, á la cual no ha de conocer nunca. Aquella idea que acaba de desheredar á la pobre madre, agrava el desastre de sus últimos momentos, los acibara con tantos remordimientos y tantos pesares que á despecho de su resolución de mantenerse firme, llora, llora desesperadamente.

La noche avanza paso á paso. Anchurosas manchas de sombra salpican los cristales en declive á cuyo través se descolora la profunda bóveda del cielo, parece como que se pierda en la oscura inmensidad. Los techados se agrupan en masas como los soldados para el ataque. Los campanarios se transmiten la hora pausadamente, mientras las golondrinas giran al rededor de un nido oculto, y el viento invade como de costumbre los escombros del viejo corralón. Aquella noche sopla con lamentos de oleaje, con estremecimiento de bruma, sopla de la parte del río cual si recordase á la infortunada mujer que es allí á donde ha de ir á parar... ¡Ah! ya de antemano se siente calada debajo de su manteleta de encaje... ¿Por qué ha venido aquí á tomar gusto otra vez á una vida imposible después de la confesión que se verá obligada á hacer?... Pasos rápidos hacen retemblar la escalera, ábrese la puerta precipitadamente; es Andrés. Canta, está contento, sobre todo lleva mucha prisa porque está invitado á comer en casa de Joyeuse. Pronto, un poco de luz, que el galán quiere acicalarse. Pero mientras frota los fósforos, adivina que hay álguien en el taller, una sombra que se mueve entre las sombras inmóviles.

— ¿Quién va?

Contéstale una especie de risa ahogada, que bien pudiera ser un sollozo. Figúrase que son las niñas del piso inferior, una broma de las vecinitas para divertirse. Acércase. Dos manos, dos brazos le sujetan, le estrechan.

— Soy yo...

Y en voz nerviosa, que hablaba aprisa para no temblar, la madre le cuenta que parte para un viaje bastante largo, y que antes de marchar...

— Un viaje... ¿y á dónde?

— ¡Oh! No lo sé... Nos vamos lejos, muy lejos, á su tierra para algunos asuntos.

— ¡Cómo! ¿vas á estar fuera el día del estreno?... ¡Faltan tres días nada más!... y en seguida la boda... Vamos, no es posible que te prive de asistir á mi boda.

La madre se excusa, inventa pretextos, pero sus manos que abrazan las de su hijo, su voz alterada dan á entender á Andrés que no dice la verdad. Quiere encender luz, pero ella se resiste.

— No, no, es inútil. Así se está mejor... Además tengo que preparar muchas cosas; no puedo aguardar.

Los dos están en pié, á punto de despedirse; pero Andrés no la dejará salir sin hacerle confesar lo que le pasa, qué dolor trágico surca aquel hermoso rostro cuyos ojos—¿será efecto del crepúsculo?— brillan con feroz destello.

— Nada... no ocurre nada... te lo juro. Sólo la idea de que no he de participar de tus dichas, de tus triunfos... En fin, ya sabes que te amo, tú no dudas de tu madre, ¿verdad? No he pasado un día sin pensar en ti... Haz tú otro tanto, guárdame un rincón de tu corazón... Y ahora abrázame porque el tiempo urge... Ya me echará de menos.

Un minuto más y no tendría fuerza para consumir el resto. Huye.

— Pues bien, no, no saldrás... Comprendo que ocurre algo extraordinario que me ocultas... Sufres una gran pena, no me lo niegues... Ese hombre habrá cometido contigo alguna vileza...

— No, no, suelta... suelta...

Pero él, por lo contrario, la retiene, la retiene fuertemente.

—Vamos, dime... dime lo que hay...

Luégo, muy quedo, al oído, en tierno acento, sostenido y sordo como un beso:

—Te ha abandonado, ¿no es verdad?

La infeliz se estremece, pugna por desasirse.

—No me preguntes nada... no quiero decírtelo... adiós.

Y él, oprimiéndola contra su corazón:

—Pobre madre, ¿qué me dirás que yo no sepa ya?... ¿No comprendiste acaso el porqué, hace seis meses, me fuí...

—¿Lo sabes?

—Todo... Y hace mucho tiempo que preveo, es más, que anhelo lo que ocurre...

—¡Ah! ¡infeliz de mí!... ¿por qué habré venido?

—Porque este es tu puesto, porque me debes diez años de madre... Ya ves que tengo derecho á exigirte que te quedes conmigo.

Y esto se lo dice de rodillas, frente al diván en que ella se ha dejado caer en un desbordamiento de lágrimas y los posteriores gritos dolorosos de su orgullo ultrajado. Lloro, llora largo rato, con su hijo á sus plantas. Y he aquí que los Joyeuse, inquietos al ver que Andrés no bajaba, suben á buscarle en cuerpo. Es una irrupción de caras inocentes, de alegrías serenas, rizos flotantes, trajes modestos, y sobre el grupo, irradiando luz, la gruesa lámpara, aquella lámpara antigua de inmensa pantalla, que M. Joyeuse aguanta con toda solemnidad, cuan tieso, cuan alto puede, en ademán de canéfora. Detiéndose turbados al ver á aquella dama pálida y triste que contempla con emoción el risueño grupo, y especialmente á Elisa que se ha quedado detrás de todos y cuya actitud avergonzada de la indiscreción de la visita designa como la novia.

—Elisa, abrazad á nuestra madre y dadle las gracias. Se viene á vivir con sus hijos.

Y hela enlazada por todos aquellos brazos cariñosos, estrechada contra cuatro corazónitos femeninos á los cuales falta tanto tiempo há el apoyo de una madre; hela introducida y por tan suave manera en el luminoso circuito de la lámpara familiar, algo ensanchado á fin de que quede un hueco para ella, y sus ojos se secan, su espíritu se fortifica, se ilumina al resplandor de aquella robusta llama que se remonta sin la

más pequeña oscilación hasta en aquel mezquino taller de artista, vecino á los tejados, donde un momento antes soplaban tan rudamente siniestros vendabales, ora acallados del todo.

Tan sagrada llama no la conoció nunca ese que se muere allá abajo, hundido en su sangriento baño. Egoísta y duro, ha vivido hasta su última hora para el qué, dirán, hinchando la desnuda cáscara de su plastrón con hinchazón de vanidad. Y aún lo que en él había de mejor era esa vanidad. Ella le ha mantenido en pié, tieso, durante tantos años; ella le aprieta los dientes ahogando el convulso estertor de su agonía. En el marchito jardín gotea tristemente el hilo de agua. La corneta de los bomberos toca retirada... «Á ver ese del siete, dice la dueña, que no acaba con su baño.» El mozo sube y lanza un grito de espanto, de estupor: «Señora, está muerto, pero cómo ha cambiado...» Acuden y, con efecto, nadie quiere reconocer al apuesto caballero que había entrado hacía poco, en esa especie de muñeca macabra, la cabeza colgando del borde de la pila, una tez en la cual el colorete se mezcla con la sangre que lo diluye, relajados sus miembros todos en la lasitud suprema del papel representado hasta el final, hasta matar al comediante.— Dos navajazos al través del magnífico plastrón inflexible, y toda su ficticia majestad se ha deshinchado, se ha resuelto en este horror sin nombre, en este montón de cieno, de sangre, de carnes maceradas y cadavéricas en que yace irreconocible el hombre del buen tono, el marqués Luís-Maria-Agenor de Monpavon.

